

CURSO PREUNIVERSITARIO

La Agricultura
española
considerada por
regiones

Geografía agrícola del valle del Duero o Submeseta Norte

Por ISIDORO ESCAGUES DE JAVIERRE

(Catedrático de Geografía e Historia del Instituto
Nacional de Enseñanza Media masculino de Bilbao)

En la revista «Las Ciencias», de Madrid, año XXII, 1957, núm. 4, publicó el doctor Escagüés de Javierre un trabajo titulado «La estructura económica del valle del Duero (Un ejemplo fecundo de la interdependencia económica de Vizcaya)»; de tal obra insertamos a continuación los capítulos que en aquél se contienen abusivos a la geografía agrícola de la Submeseta Norte o valle del Duero, en atención a la actualidad que poseen para el desarrollo de uno de los temas señalados por el Ministerio de Educación Nacional para el estudio de la Geografía en el Curso Preuniversitario:

1. LA UNIFORMIDAD GEOECONOMICA DEL VALLE DEL DUERO

Entre el hombre y la tierra castellana ya hace siglos que se abrió un solemne proceso nupcial; y de esta boda mística surgieron las influencias mutuas y reciprocas como una doble corriente amorosa: el hombre, que asimiló las influencias de la tierra, hizo suyas las tendencias geográficas, se territorializó, en una palabra; al mismo tiempo que la tierra perdió su condición de puro elemento físico, merced a la labor transformadora de sus habitantes.

El hombre, principio y fin de la Economía, elemento esencial de la vida económica por ser el primero que la produce y el que después la consume, ha sido, en efecto, el gran transformador del valle del Duero, el forjador a través de los siglos de esa riqueza agrícola que es producto del trabajo, por lo cual en este estudio, en ocasiones, nos referiremos al esfuerzo humano en épocas pasadas. Mas como la Economía es un campo de investigación que linda no solamente con la Historia, sino también con la Naturaleza (1), es por lo que, con objeto de asentar nuestras afirmaciones sobre bases sólidas, tendremos también presente en nuestro análisis el factor geográfico castellano y sus influjos, con objeto de enfocar los capítulos siguientes bajo una finalidad geoeconómica. El hombre ha sido tan locuaz (como ha dicho Semple) al referirse a la manera como ha ido conquistando a la Naturaleza, y ésta ha sido tan silenciosa en su persistente influencia sobre el hombre, que el factor geográfico se pasa, generalmente, por alto, en la ecuación del desenvolvimiento humano.

Una de las muestras de ese influjo es la uniformidad que se observa, lo mismo en los paisajes físicos que en los humanos y económicos, en los cuales se acusa el sello de la geografía local: la austeridad, virtud que podría considerarse como

(1) Véase: V. Andrés Álvarez: *Naturaleza, Sociedad, Economía*. Discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Madrid, 1952.

la síntesis de todas estas tierras y su común denominador. Y a ella si quisiéramos enumerar a toda la región bajo una sola idea, le añadiremos: clima extremado, el Duero como eje fluvial, escasez de población y densidad, predominio de los páramos y de los cereales, centros de población repletos de monumentos, y por ello, de historia, y, sobre todo, fiel cumplidora en los siglos pasados de la magna tarea de formar, con Aragón, la unidad política peninsular, poniendo a la historia española en consonancia con la geografía.

La gran sinfonía que ofrece el medio geográfico y económico del valle del Duero es el primer obstáculo a el que un geógrafo tropezará para estudiar por separado cualquiera de sus provincias o de sus abundantes comarcas. Como dice Ramos (2): «Dentro de Castilla cualquier comarca de la vida rural carece de una auténtica singularidad.» Por esta razón en esta tierra, con una economía agraria uniforme por excelencia, si algún rincón nos interesa detallar (burgalés, palentino, vallisoletano, etc.), nos sería muy difícil de encerrarlo en unos marcos estrechos, aunque otra cosa quieran decir los frios números de las estadísticas de producción o de consumo, que nos hablan de datos concretos de una zona determinada. Siempre es difícil aprisionar una región económica en los límites administrativos de una provincia (que será más grande o más pequeña que aquella), por lo que es preciso comprender por el que esto lea, que hablar de la agricultura de Burgos o de Palencia, por ejemplo, sería algo arbitrario y esencialmente contingente. La economía de cualquiera de las provincias del valle del Duero tiene un cuadro algo más variable, según las concepciones del momento, más estrecho o más amplio que el que debería de tener por la Naturaleza, pero que de cualquier suerte es una especie de investigación administrativa que nosotros tenemos poco en cuenta en este trabajo, por nuestro deseo de ofrecer una visión de la geografía agrícola más exacta y más real.

Teniendo en cuenta las anteriores indicaciones, ¿cuál es, pues, el cuadro, el conjunto de la economía agraria del valle del Duero, o bien la de alguna de sus divisiones provinciales? Su noción es compleja, porque lo mismo la una que la otra se apoyan en una parte difícil de separar, cual es la Submeseta Norte entera. Por eso, al objeto de poder ofrecer el mayor número posible de ideas sobre ella, analizaremos primeramente los grandes rasgos de la geografía física de la región en que se asienta el valle del Duero, cimiento, junto con el trabajo del hombre, de toda su agricultura.

2. LOS FUNDAMENTOS NATURALES DE LA AGRICULTURA: EL SUELO, EL CLIMA Y LAS AGUAS

La extensa altiplanicie del Duero, o Submeseta Norte, con una altitud media de 700 metros sobre el nivel del mar, posee un suelo mioceno, predominantemente arcilloso, muy abundante en yeso en su parte más central, es decir, en la correspondiente a la región vallisoletana, sobre el cual se asientan grandes planicies, con elevaciones insignificantes que no bastan para romper la grandiosidad del horizonte. Si el relieve áspero y quebrado ha sido uno de los grandes enemigos con que ha contado la agricultura española en otras provincias (3), no puede decirse lo mismo del suelo casi horizontal de las tierras burgalesa, palentina o vallisoletana.

(2) D. Ramos: *El problema de las comarcas y de los límites de la Bureba*. «Boletín de la Real Sociedad Geográfica». Julio-diciembre 1947. Madrid, 1947, páginas 651 y siguientes.

(3) El influjo del relieve sobre la estructura económica de una región es muy grande. Vid.: I. Escagües de Javierre: *La transformación del paisaje económico de Guipúzcoa*. «Boletín de la Real Sociedad Geográfica». Madrid, 1950. Del mismo autor: *La estructura económica de Vizcaya*, monografía inserta en el mismo Boletín. Madrid, 1952.

Todo el valle del Duero se halla separado del mar por la gran cadena que lo cierra por el Norte: la cordillera Cantábrica (4); montañas que, a la vez que aisladoras y forjadoras de un medio económico diferente al norte de sus cimas, son también las causantes de la temperatura de la región, pues con sus sierras impiden el paso de los vientos oceánicos, por lo que el clima se convierte en duro y enérgico, con veranos calurosos e inviernos largos y fríos, del cual ofrece muestras las temperaturas de la ciudad de Valladolid, que han llegado, en algún invierno, a los 13 grados bajo cero, y en veranos no lejanos a los 40 sobre cero. Burgos tiene veranos más frescos, pero ha registrado mínimas absolutas más bajas (—21 grados) en la época invernal.

Estas oscilaciones termométricas son las características de todas las tierras de la España árida; pero ésta, y también la Submeseta Norte, se distingue por la escasa cuantía de las precipitaciones, que se mantienen, aproximadamente, alrededor de los 400 mm. anuales, siendo, en ocasiones, tan grande la aridez de estas tierras, que una de las manifestaciones con que aquélla acostumbra a mostrarse es citada por todos los autores como existente en la provincia de Valladolid: el endorreísmo, es decir, tierras privadas de desagüe continental, sin salida al mar. El endorreísmo vallisoletano (5) se extiende, aproximadamente, de Norte a Sur, desde Medina de Rioseco, por Tordesillas, hasta Medina de Campo, relacionado, por una parte, con el zamorano, y por otra, rumbo Sudeste, por Olmedo, con el de Avila y Segovia, muy en decadencia y sólo manifestado en lavajos y lagunillas aquí a allá dispersos. El influjo de esta zona endorreica en la agricultura y métodos de cultivo es muy grande, y lo ponemos de manifiesto en el apartado correspondiente.

Las curiosas características que acabamos de señalar dan un matiz tan propio a la hidrografía del gran valle, que bastaría para individualizarlo, y si éste ya no lo estuviere por otros motivos económicos y humanos. Y la escasez de agua queda agravada por la activa evaporación, tan grande en esta zona, que a ella se le puede perfectamente aplicar aquella frase (de Ortega y Gasset) que dice que «en España llueve de abajo a arriba», indicadora de que la evaporación es superior a las precipitaciones; fenómenos que, unidos a la falta de lluvias, determinan el escaso caudal del Duero y de sus tributarios.

El Duero, eje fluvial de la cuenca, es, entre todos los ríos peninsulares, el de mayor altitud media sobre el nivel del mar, pues en sus 927 kms. de curso, su perfil tiene saltos muy pronunciados (origen: 1.600 m. sobre el nivel del mar; en Soria, 1.100 m.; en Zamora, 620 m.), desnivel debido a la desigualdad geológica y orográfica de las regiones que atraviesa; pero en toda la zona central del valle, su declive no llega a alcanzar el 3 por 1.000, si bien, afortunadamente, el desequilibrio de alguno de sus afluentes, como el Esla, es mayor, lo cual permite su aprovechamiento hidroeléctrico en gran escala.

De las tres secciones en que los geógrafos dividen el curso del gran río, la primera es la única que ahora nos interesa: la que llega desde su nacimiento hasta Zamora, a través de las provincias de Soria, Burgos y Valladolid, formando un gran valle, cerrado por algunos accidentes orográficos que le envían varios afluentes. Esta parte de la cuenca tiene una posición asimétrica, por el predominio, en número y volumen de los ríos que recibe de las montañas cantábricas, y entre los que debemos destacar el Esla, el Valderaduey y el vallisoletano Pisuerga. «El Duero lleva la fama y el Pisuerga le da el agua», dice el refrán; pero este gran río, para

(4) La Castilla típica no posee ni ve el mar, pero «conquistó de mar a mar», según dice la «Crónica General», desalojando a los moros desde el mar de Santander hasta la fosa de Cádiz.

(5) J. Dantín: *El clima seco de España y las formas de su agricultura* (s. a.).

dar razón a la copla que canta: «Soy Duero que tocas las aguas bebo» (6), recibe, además del Pisuerga, célebre por sus terrazas, otros cursos: el Duratón, el Cega, Adaja y Tormes, afluentes que proceden de la margen izquierda del río principal y que mencionamos porque no dejan de ejercer un gran influjo regional, aportando su savia a la economía comarcal, haciendo más íntima la relación de los hombres con las tierras y convirtiendo a todos sus rincones en trozos típicos de la gran unidad económica que, como hemos señalado, forma el gran valle del Duero.

La característica general de estos ríos es su cauce encajonado y el régimen variable, como consecuencia de las precipitaciones irregulares, por lo que es muy vivo el contraste entre los estiajes de los meses veraniegos y los desbordamientos de las épocas lluviosas, sobre todo primaverales. Más que un medio de contacto, estos ríos de la estepa duriente parecen ser un obstáculo a las relaciones humanas; y una prueba de ello es el hecho de que las ciudades y pueblos huyen, efectivamente, de sus orillas: el caso de Valladolid, asentado en las orillas del Pisuerga, pero a una distancia de varios kilómetros del río Duero, es, a este respecto, bien significativo.

Esta tierra no puede presumir ni de clima ni de agua, y por ello sus campos tampoco se visten con la rica economía del verdor; pero tienen un bien económico, inapreciado por muchos, pero no por ello inexistente: su cielo, al que debemos ahora dirigir nuestros ojos después de haber contemplado la austeridad de las tierras. La riqueza gallega, la guipuzcoana o la vizcaína, y fuera de España, la francesa, inglesa o alemana, tienen que pagar un tributo muy caro, en la vida de sus hombres, para seguir disfrutando de ese puesto privilegiado que tienen en la economía nacional o mundial: tienen que prescindir de la contemplación del cielo, del sol, que se halla casi siempre cubierto por unas brumas que no existen en las tierras que estudiamos ahora, carentes, es cierto, de verdor y de floresta, pero tan celestes y tan únicas, con una atmósfera tan limpia, clara y diáfana, que es difícil encontrar igual en el mundo, incluso en la soleada Andalucía. Se ha llegado a escribir que esta tierra, falta de flores, reseca y pelada, necesitaba no distraerse contemplando un paisaje de ensueño, era preciso que no tuviese nada en que se enredase el mirar de sus hijos, para que de ese modo mirasen al cielo, que es el encanto grande de toda Castilla; cielo y sol, que no sólo desempeñan su papel romántico, sino que les cabe también el importantísimo lugar de ser los sostenes de una agricultura, perfectamente diferenciada y plena de originalidad.

Y éstos son, resumidos, los grandes rasgos naturales que caracterizan la geografía física del gran valle, colocados, todos ellos, bajo el signo de la unidad y de la mesura; características que son las que también se manifiestan en el aspecto especialmente agrícola, como vamos a exponer a continuación.

3. LA HERENCIA AGRÍCOLA DEL PASADO

Todos los bienes materiales indispensables para la vida, en especial los que se dedican a la alimentación y al vestido del ser humano, provienen, directa o indirectamente, del suelo agrícola. Es, pues, este elemento básico para la vida de la Humanidad, por lo cual, desde que el hombre vislumbró esta gran verdad, procuró ocupar los espacios mejores y más óptimos, sobre todo por su situación y fertilidad. No tenemos noticias ciertas acerca de cuál fué la época en la que esta zona castellana fué ocupada por el hombre de un modo permanente, y tampoco, por lo tanto, del comienzo en ella de la agricultura; pero sí podemos afirmar que como la amenaza de las invasiones ha sido siempre el tormento de los labradores, la Historia

(6) Es muy grande, en efecto, el número de ríos cuyas aguas van a parar al Duero, habiéndose calculado que recibe 333 afluentes, si bien su caudal, por las circunstancias climáticas adversas, es en la mayoría de ellos muy escaso.

nos puede señalar tres grandes periodos en la vida agrícola de estos campos, correspondientes a otras tantas épocas de paz duradera que en ella se desarrollaron.

Los rasgos agrícolas de este territorio son muy viejos, pudiendo considerarse que es, entre los españoles, uno de los que presentan vestigios más antiguos de la acción directa o indirecta del hombre sobre el paisaje vegetal. Y así, en la época romana, con el largo período de paz que ésta trajo, fueron celebradas por el pueblo conquistador las excelencias agrícolas, y sobre todo, cerealistas, de la comarca llamada Tierra de Campos. Los acontecimientos que en los últimos tiempos de la Edad Antigua y comienzos de la Media nos ofrece la Historia de España con la invasión bárbara, tuvieron su repercusión en los campos castellanos, que cayeron en un abandono progresivo, el cual se prolongó hasta que, hacia finales del siglo **x**, la paz vino de nuevo tras el avance de las armas cristianas a las riberas del Tajo, por lo que, con la desaparición de las «razzias» árabes, surgieron entonces espléndidos campos cultivados que fueron los que sirvieron de despensa para que los ejércitos cristianos, siglos más tarde, pudieran completar la expulsión de los musulmanes de nuestro suelo.

Por no existir otra producción que rivalizase con ella, los nuevos moradores de las llanuras rasas, si no eran ganaderos, se dedicaron al cultivo del trigo centuria tras centuria, mientras su rendimiento no fuese despreciable, pues este cereal ya entonces, al igual que sucedió en el siglo **xix** en países extraeuropeos, constituyó una buena producción para el hombre fronterizo. Campos cultivados que fueron colocados al abrigo de multitud de castillos encargados de la defensa y centinela que hoy, desaparecido el móvil que los creó, recortan en los otros sus siluetas de guerreros envejecidos, con piedras que se desmoronan en quiebra de su antiguo orgullo. Trigales y castillos que, unidos a numerosas ermitas, catedrales y monasterios, representan el símbolo de esa larga fase agrícola de paz en la que se reflejó la vitalidad de la organización social y económica del medievo castellano, retratada mejor que con ninguna otra cosa, en los millares de silos abiertos en el suelo, en los que se guardaba el sobrante de las cosechas.

Pero poco a poco este largo período fué decayendo en prosperidad, debido no a causas guerreras, no a la falta de seguridad en las tierras labradas, sino a la introducción de la industria manufacturera que se enseñoreó de Castilla, empezando con ella una larga época que podemos decir que se prolongó hasta que la gran industria moderna, en el **xix**, acabó casi completamente con las manufacturas tradicionales que ya llevaban una vida raquítica desde el **xvii**, y cuya decadencia arruinó muchos pueblos por haber recibido éstos un golpe económico, del cual numerosas localidades no se han rehecho en la actualidad.

Así llegamos al último período, que comienza en los años finales del **xix** y llega hasta hoy. La naturaleza de este trabajo nos impide el citar datos estadísticos que nos ayudarían a formar una idea aproximada del nivel en que la agricultura se hallaba; pero ello, en realidad, tampoco es necesario, porque el estado de la economía campesina podemos deducirlo de la situación de la propiedad, a la cual puede aplicarse lo que se escribía en diarios de aquella época: «En España, las nueve décimas partes de la propiedad rústica y urbana están hipotecadas a un interés superior al triple de sus rendimientos. Hay provincias donde con buenas hipotecas no encuentra el propietario dinero al 60 por 100, porque ni las fincas hallan quien las cultive, ni rinden apenas productos. Las familias huyen de los campos a las villas, y de las villas a las ciudades, buscando un destino como una tabla un naufrago...» Tal era el panorama agrícola español en los albores del siglo **xx**, y esa era también la situación agraria de las provincias del Duero.

Las causas de esa gravedad eran muy variadas, pero la principal había que atribuirle a que los campos estaban sometidos a las prácticas de cultivo más primitivas: España, en 1898, contaba con una sola casa dedicada a la construcción

de maquinaria agrícola, situación estancada que no comenzó a modificarse hasta después de la organización de los servicios agrícolas en 1903 (7).

Mas a pesar de estas medidas, el progreso agrícola de Castilla fué excesivamente lento, ya que la política comercial de nuestros gobiernos, con los tratados que firmaron para importar trigos, era desastrosa para la economía agrícola de España y, sobre todo, para la castellana, pues los aranceles eran tan irrisorios, que ya fuese el grano ruso o americano, resultaba más barato que el español, con el perjuicio consiguiente para los labradores; y para ilustrar esto expongamos un ejemplo: el flete de la arroba americana era de un real y 73 céntimos de real, mientras que el transporte de la misma unidad de peso desde Valladolid a Segovia, por ejemplo, costaba dos reales y 38 céntimos de real, o sea, casi el doble; tarifas ferroviarias que, unidas a las aduaneras citadas, explican y justifican perfectamente el colapso de la agricultura de estas tierras. Vida lánguida, triste y difícil, de la que muy lentamente se fué reponiendo, y en cuyo resurgir han tenido un buen lugar, como lo tuvieron en el renacer medieval, las características y temperamento del labrador castellano.

Este ha sabido realizar, desde tiempos muy remotos, un cierto número y clase de labores, con objeto de poder obtener rendimientos apreciables en sus cultivos de secano; uno de sus inventos, aunque se ha atribuido a otras razas, fué el arado romano, que «alza, rompe y abre la tierra», para que el agua caida en otoño penetre en su espesor y cale hasta las capas profundas. Una práctica milenaria ha enseñado a este labrador que con los trabajos que pulverizan las capas superficiales de la tierra, la evaporación del agua contenida en el suelo laborable se reduce al posible mínimo compatible con la vida y prosperidad de las plantas cultivadas, labores conocidas con los nombres de «terciar» y «cuartar», que se dan también con el arado romano, hoy sustituido en las explotaciones más adelantadas por arados de vertedera.

Todo esto lo ha realizado el campesino castellano para crear una agricultura original, y ello a despecho de la serie de inconvenientes con que ha tenido que luchar desde hace siglos: excesiva fragmentación parcelaria en muchos rincones de su suelo, capa laborable de escasa profundidad con los daños que ello ocasiona, falta de humedad, etc., y como consecuencia de ello, con unos rendimientos muy bajos por hectárea.

Para mejorar el nivel de estos campos hay que perfeccionar los métodos de su agricultura, adoptando las medidas conducentes a ello para la elevación de ese nivel rural, con lo que se evitará el agotamiento de las energías de un número considerable de españoles, habitantes de estas tierras, y dedicados a ocupaciones que escasamente conceden medios para sostener una ficción de vida, con un rasero tan bajo y tan elemental como inadecuado a las circunstancias y tiempos que transcurren.

La racionalización de la agricultura castellana sólo puede conseguirse estudiando el problema como realmente es: una parte, siquiera sea la del león, del total problema de nuestra economía; el remedio del atraso agrícola sólo puede venir de su industrialización propia, lo que, parafraseando un refrán castellano, puede enunciarse diciendo que «los males de la industrialización sólo con la industrialización se remedian».

(7) La mecanización del cultivo abarata extraordinariamente el costo de la producción, como puede verse por el ejemplo siguiente: en los Estados Unidos de Norteamérica se precisaban, en 1890, seis horas y nueve minutos de trabajo humano para producir un hectolitro de trigo, tiempo que se redujo a 28 minutos en 1904, después que se adoptaron diversas máquinas agrícolas.

4. PROBLEMAS GEOGRÁFICOS Y ECONÓMICOS DE LOS CULTIVOS TRIGUEROS

Los dos hechos dominantes de la actividad económica del valle del Duero son: la supremacía de los cultivos cerealícolas y la unión de los hombres a la tierra, por cuanto de ella vive un porcentaje muy elevado de su población y de ella sacan el pan, inseparable en el sistema de alimentación, lo mismo entre la gente campesina que la que habita en las ciudades. Por tal motivo, estas cosechas constituyen la base de la vida de las provincias de Castilla la Vieja y León, ocupando el trigo el primer lugar entre todos los cultivos, al que se dedican un millón cien mil hectáreas de superficie, y su producción representa para la vida agrícola el índice de los buenos o de los malos años, destacando por ello preferentemente en la atención de los labradores.

Si el marqués de Mirabeau proclamó que «toda la política parte de un grano de trigo», nosotros, imitándole, también podemos decir que toda la vida económica castellana se basa en aquella semilla, lo cual explica el predominio triguero, favorecido, además, por razones físicas, pues todo lo que exige el trigo en su desarrollo lo tiene en esta región: terrenos fértiles, profundos y ricos, con abundante cal, un primer período de crecimiento favorecido por las lluvias moderadas con un estado atmosférico húmedo, fresco y continuado; y a continuación, otro caluroso, claro y preferentemente seco. Su buen rendimiento depende de las lluvias primaverales; mas por la irregularidad con que éstas se presentan en la cuenca del Duero, a este período bien podemos llamarle «Semana de la Pasión» de la agricultura castellana. Entre todas las tierras del valle destacan como productoras las provincias de Burgos, Valladolid, Salamanca y Palencia; pero el «coeficiente del azar» a que están sometidas las cosechas es muy grande, como se ve, comparando la producción de un año con el anterior o con el siguiente, en los que se advierten aumentos o disminuciones, a veces superiores al 50 por 100.

Lo mismo que sucede con todos los cultivos agrícolas, la producción de este cereal es función de dos variables dependientes: las extensiones cultivadas y el rendimiento medio por unidad de superficie trabajada.

Respecto a la primera, a la superficie sembrada del valle del Duero, Castilla la Vieja dedica al cultivo triguero 700.000 hectáreas, que rinden un promedio de siete millones de quintales métricos; el reino de León, con una superficie algo mayor que la mitad de la anterior, tiene una producción de cuatro millones de quintales.

En cuanto al rendimiento medio por hectárea (la segunda variable que multiplicada por la superficie sembrada nos da las cifras de producción) éste ha permanecido sensiblemente estacionario durante todos los años normales que ha habido en el siglo xx (8), no alcanzando la cifra de los 10 quintales métricos en aquella unidad de superficie (Dinamarca, 35; Francia, 15; Portugal y Argentina, 9; Estados Unidos de Norteamérica, 9).

Como se ve por estos datos, el rendimiento cerealícola de la triguera Castilla es muy bajo, comparado con el de la mayor parte de los países europeos, lo que hay que atribuirlo no sólo a factores infraestructurales, que condicionan en gran manera el cultivo de este cereal, sino también a la escasa utilización del equipo capital y a la defectuosa o nula racionalización de los cultivos. Y téngase presente que en las cifras que hemos dado se ha prescindido de las estadísticas y promedios correspondientes al período anormal de 1936-1950, pues si las hubiésemos

(8) Se exceptúan, por ello, los años anormales comprendidos entre 1936 y 1950, por las circunstancias derivadas de la guerra española de 1936, y de la mundial terminada en 1945.

tenido en cuenta, las conclusiones para Castilla hubiesen sido todavía más lamentables.

Esto explica el que esta agricultura, que quizá pudiese concurrir a satisfacer las necesidades del país en este orden, en repetidas cosechas tenga que conformarse con enjugar sus propias necesidades, dejándole solamente un excedente, del que en numerosos años carece. Para mejorar su situación será preciso que en los tiempos venideros se lleve a la práctica el tratamiento de esta plaga, una de las peores que ha padecido la economía española en este siglo: la insuficiencia de la propia producción de cereales panificables, trigo especialmente, para el abastecimiento nacional, y cuyas soluciones, en forma de medidas científicas y técnicas apropiadas, podrían hallarse en los feraces campos del Duero, a pesar de estar milenariamente cultivados.

Si Lucien Romier pudo escribir que en Francia «el trigo es nuestra sangre», nosotros también decimos que «el trigo es la sangre de Castilla», «sangre» que se obtiene en la mayoría de sus suelos, destacando, entre todas las zonas productoras, por sus rendimientos, las comarcas ya nombradas en la antigüedad de la Tierra del Pan, en Zamora, las planicies burgalesas y la Tierra de Campos, denominada por su fertilidad «el granero de Castilla».

Esta rica comarca cerealícola está formada por las tierras denominadas en los siglos pasados Campos Góticos, situados entre el Esla y el Cea, al Oeste; los montes Torozos y el río Sequillo, por el Sur, y el río Pisuerga, por el Este, comprendiendo, por lo tanto, terrenos pertenecientes a las provincias de Valladolid, Palencia, Zamora y León; fué ya tan célebre por su riqueza en la Edad Media, que de entonces data aquel refrán que decía que «no se llame señor, quien en Tierra de Campos no tenga un terrón».

Ya hemos visto que la provincia de Burgos ocupa en las cosechas trigueras del valle del Duero el lugar más destacado, estando seguida en producción por la de Valladolid, y siendo las otras dos zonas de mayores rendimientos, las de Salamanca y Palencia. La desigualdad de producción entre todas estas provincias, más que a condiciones naturales, hay que atribuirlo a que las diferentes regiones han sufrido en el transcurso de las últimas décadas diversas transformaciones, a velocidades desiguales, pues mientras que muchas localidades han permanecido y permanecen más o menos estrechamente ligadas a las tradiciones rurales de los siglos pasados, otras han sufrido y asimilado los contactos con la nueva vida agraria y el influjo que sobre ésta ha ejercido la economía industrial.

5. LOS CULTIVOS AGRARIOS SECUNDARIOS

Pero la diosa Ceres está representada también en estos campos por otras especies, además del trigo: por el centeno, la avena y la cebada, granos que se cultivan siguiendo métodos y prácticas análogas a las del trigo, por lo que no nos detenemos en un análisis especial; solamente, por interesarnos a los efectos del enriquecimiento económico de este trabajo, indicaremos que el cultivo de estos cereales, llamados secundarios, presenta menos dificultades que el del trigo, por lo que, fácilmente, podrían aumentarse las superficies sembradas concentrando el trigo en los campos que permiten unas labores en mejores condiciones, y librando el suelo excedente y de peor calidad para el cultivo de los cereales inferiores.

Económicamente, otros productos tienen en la vida agraria una importancia inferior a la de los cereales: las tierras secas, fuertes e intensamente soleadas que algunas leguminosas exigen para su desarrollo, se presentan también en esta región; por ello, el garbanzo, base del cocido castellano, plato nacional, se produce en excelentes condiciones en las planicies durienses, siendo célebres los de Fuentesauco (Zamora); de tan renombrada calidad como son las judías leonesas, las

algarrobas de Salamanca y las lentejas, sembradas en España, preferentemente en la región que describimos.

En cambio, en el cultivo del olivo, tradicional de España, Burgos está catalogada oficialmente, desde el punto de vista de los abastecimientos, como provincia no productora, grupo en el que también están incluidas las tierras castellanas de Valladolid, Palencia, Soria y Segovia, figurando Salamanca como provincia productora, pero deficitaria. En los rendimientos del almendro, Burgos obtiene una fuente de riqueza importante, lo mismo que Valladolid y Zamora, poseyendo en esta región la zona de la máxima productividad, la provincia de Salamanca. En cuanto al avellano, si bien las cosechas vallisoletanas y burgalesas son insignificantes, las citamos aquí para destacar su originalidad, y, sobre todo, para señalar las posibilidades que se le ofrecen si sus plantaciones se extienden a zonas dedicadas hoy, con poco fruto, a la siembra de cereales.

Otra gran originalidad de estos campos consiste en la producción de remolacha azucarera (a la que nos referiremos más adelante como materia prima industrial), y también en la obtención de vinos, de lo que nos ocupamos a continuación.

Unas 40.000 hectáreas de su superficie dedica Valladolid al cultivo del viñedo (Burgos, 24.000; Palencia, 12.000; Zamora, 44.000; Salamanca, 15.000); en la diversidad de los caldos que se elaboran, los vinos traducen la naturaleza de los diferentes terrenos castellanos, y de tal forma, que «torna inteligible el gusto de las tierras», en el decir de un poeta. Y así, los célebres vinos vallisoletanos de Nava del Rey, La Seca y Rueda, son distintos al riscaltillo del valle del Sequillo o a los de la generosa y acertadamente llamada Tierra del Vino de Toro, Zamora y Fuentesauco. Tierra zamorana de viñedos, cuya prosperidad forma una continuación de la riqueza vinatera del vallisoletano pueblo de Alaejos, al igual que la feracidad de la zamorana Tierra del Pan, encima de la Tierra del Vino, constituye la prolongación geográfica, y, por tanto, natural, de los fértiles suelos que rodean a Medina de Rioseco y las feraces campiñas de las riberas del Sequillo.

Estos vinos, célebres en la geografía vinícola española, ricos en alcohol, luminosos, perfumados y fuertes, como las tierras en donde se han criado, desempeñan en la alimentación del labrador castellano un papel de primer orden, pues le sirven de reconfortantes y estimulantes en la fría época invernal, mientras que hacen el mismo papel que los mejores refrescos en los meses de los calores veraniegos. En las duras faenas de la siega castellana, cuya estampa tanto se ha divulgado por España en multitud de grabados y fotografías, es este vino el que mueve los brazos de los segadores que empuñan las hoces o los instrumentos agrícolas con una energía que parece que les es prestada por la misma tierra, a través de esa bebida. Y, sin embargo, se usa en cantidades moderadas, pues el consumo de vino por habitante es inferior al de otras regiones españolas.

6. LA ECONOMÍA PLANIFICADA DEL AGUA: SECANO Y REGADÍO

Unas extensiones, muy pequeñas comparadas con las que ocupan las especies mencionadas en el apartado anterior, se dedican al cultivo de otras frutas y verduras, debido a que estos vegetales, en la mayoría de los casos, no son posibles sin la existencia del riego, necesidad imperiosa en una tierra como la castellana, tan rica en sol y tan pobre en lluvias, como hemos dicho; para remediar este inconveniente, el hombre castellano se ha valido de la técnica del riego desde tiempo inmemorial, ya que, en la España seca (y la zona duriense ya hemos visto que figura entre las que merecen tal dictado), la lucha por el agua está en la misma base de las relaciones entre el hombre y el suelo, por lo que, a pesar del temperamento individualista del español, se ha impuesto en estas tierras de un modo decisivo una economía planificada del agua, pues no otra cosa son los organismos hidrográficos creados, entre los que merece destacarse, a los efectos

de este trabajo, los que tienen por escenario el eje fluvial del valle: la Confederación Hidrográfica del Duero.

La preocupación por el riego en esta región es muy vieja: el Fuero Juzgo ya dice que «el agua es sangre y vida de los campos», abundando en razonamientos parecidos el Fuero Viejo de Castilla, las Partidas y la Novísima Recopilación. Las Cortes de Valladolid, en 1554, pidieron a Carlos I que se comenzasen algunas obras de riego, y poco después empezaron los trabajos preliminares para la construcción del Canal de Campos, que había de destinarse no sólo al riego, sino también a la navegación, si bien posteriormente los trabajos se paralizaron repetidas veces por la «falta de caudales de la nación». Las obras se reanudaron en 1831, terminándose en 1852; pero los planes primitivos que con él se pensó que iban a realizarse (unir Segovia con el Cantábrico a través de Valladolid, Palencia y Reinosa) no se llevaron a la práctica, y durante muchos años, sus 227 kilómetros tuvieron más provecho como vía fluvial y fuerza motriz de numerosos molinos, que resultado en la distribución del regadío.

Otras obras de riego, como los canales del Duero, Arlanza, etc., se hallan también en esta zona, pero su importancia es mucho menor que la que tiene el que hemos enumerado.

El riego artificial conseguido en esta tierra a través de los canales construidos, hizo ver al labrador muy pronto el papel decisivo del agua en la producción agrícola. Ha demostrado también, al pasar los años, que el agua es el único factor capaz de transformar económica y socialmente las comarcas del valle no aptas para la industria, reforma que muchos juzgaron capaces de llevar a cabo solamente con audaces reformas agrarias o trascendentales decretos ministeriales. El problema agrario aquí es un problema de hidráulica agrícola, pues la mejor utilización del agua es la piedra angular de esta agricultura y la que tiene que emprender una nueva conquista de la tierra; regado el suelo, el líquido se encargará de dividir la propiedad agrícola en los puntos en que abundan los latifundios, o de concentrar las parcelas minúsculas donde dominan los microfundios, doble labor que puede realizar mejor que ningún legislador. Y con esa agua, surgirá la pequeña y la media propiedad, los cultivos intensivos, la población se hará más densa y se estrecharán los lazos que unen los pueblos con sus campos.

Estos razonamientos permiten comprender la importancia que reviste la Confederación Hidrográfica mencionada, en la cual se conciben las tierras bañadas por el gran río como «una unidad geográfica perfectamente definida»; obra con unas inmensas posibilidades, pues la gran altitud de la parte superior de la cuenca y la dilatación general de los horizontes, da lugar a la probabilidad de establecer abundantes riegos y crear embalses muy capaces.

7. LAS REALIDADES Y LAS POSIBILIDADES FORESTALES

Fué por la tala del árbol, por lo que el cultivo del suelo y el poblamiento humano progresaron en las tierras castellanas en épocas de la antigüedad. Muchos de los campos cultivados que hoy contemplamos pueden considerarse como una conquista hecha a las zonas forestales, si bien éstas no debieron ser tan extensas como en otras zonas peninsulares, pues los restos de obras hidráulicas antiguas y las descripciones de Estrabón y Plinio, de principios de nuestra Era, nos demuestran la pobreza en bosques de la meseta central.

El clima y la tierra de esta región son favorables al desarrollo de ciertos cultivos arbóreos, única manera de aprovechar los suelos excesivamente delgados de muchas de sus comarcas; y, sin embargo, las superficies arborizadas son muy escasas, contra cuya incuria y abandono forestal, desde finales del siglo pasado, se han elevado repetidas veces para poner de relieve el mal y procurar reme-

diarlo; y así, Macías Picavea, en 1899 (9), escribía que «se camina leguas y más leguas a través de las terrazas castellanas y no se ve un árbol: la tierra parece como sometida al barbaro despotismo climatológico...», advertencias a las que hemos de añadir las pronunciadas por el pensador Senador Gomez, que a través de páginas viriles de algunos de sus libros (10) expuso con su claridad acostumbrada los problemas forestales de la región castellana y sus remedios.

Quizá el ejemplo más expresivo del estado forestal del valle del Duero nos lo ofrece la provincia de Palencia. «En lugares que siempre fueron bosques—dice Senador—y que jamás servirán para otra cosa, en los páramos que dominan Valoria la Buena (entre Palencia y Valladolid) se distingue una extensión de más de 200 kilómetros de anchura sin un solo árbol en toda la superficie.» Y si ello no bastase para esbozar el estado forestal de esta provincia, completará el diseño otro párrafo del mismo autor: «quizá se resistirá a creer el lector que en Fuentes de Valdepero, Mazariegos y otros lugares a pocas leguas de Palencia, los maestros han tenido que valerse de láminas para dar idea a los niños de lo que es un árbol».

Los daños de la deforestación son más graves en estas provincias que en otras regiones, pues aquí, tras la desaparición del árbol no surgió el prado, como en otras tierras, sino que con él se fué también el mantillo, apareciendo los suelos abrasados, en los que el suave ondulado de su superficie se vió sustituido por desigualdades angulares y cortantes. La ruina del pinar, encinar o alcornocal castellano no produjo la pradera, sino el matorral coriáceo y puntiagudo, que al descuajarse aumentó la árida estepa, rebelde a sufrir el generoso señorío del árbol.

Por cualquier comarca son abundantes los terrenos que antes eran bosques frondosos, pero que hoy se han convertido en campos yermos; y como comprobación de ello acudamos a la toponimia: hay nombres de pueblos que son una verdadera paradoja, por estar en contradicción con la actual realidad agrológica, pues en Santa Cruz de los Pinares y Navalperal de los Pinares (Avila), son muy pocos los pinos que existen, lo mismo que en Cantalpino (Salamanca); nombres que prueban un poblamiento forestal en fechas lejanas a nosotros.

La riqueza forestal de esta región ha atravesado, pues, amargas vicisitudes; y puede decirse que en llevar adelante una activa repoblación está la clave de la prosperidad de muchos municipios. Merced a ella desaparecerán páramos improductivos, y con esa labor se acabará la agotadora sangría que supone la importación de la madera que precisan muchas de las industrias creadas y proyectadas; mereciendo destacarse en este orden de ideas el caso de la provincia de Salamanca, gran consumidora de madera, pero que al carecer de ella en su suelo y serle más fácil el transporte desde Portugal, ingresaba (antes de 1936) una suma elevada en la nación vecina por compras de esta materia prima.

Sólo los austeros pinos pueden vegetar en los suelos de las arenas diluviales que, procedentes de la desagregación de las rocas graníticas de la Carpetana, se extienden por estas llanuras; tierras en las que el árbol cumple una misión económica y, además, otra física irremplazable. Y allí, en esos arenales, inútiles para otros cultivos, se desarrollarían millones de pinos resineros y piñoneros, que por sus pocas exigencias soportarían bien las inclemencias del ambiente.

En estos aspectos es, pues, mucho lo que tienen que realizar estas tierras en épocas venideras, y una activa repoblación será la única manera de poner en explotación nuevas fuentes de riqueza, de aumentar el número de fábricas que hoy trabajan con la resinación de los pinos, de aquellas otras que se dedican a la obtención del aguarrás, colofonia y miera, o, simplemente, de elevar la produc-

(9) M. Picavea: *El problema nacional*. Madrid, 1899.

(10) Entre los libros de Senador Gómez destacan, por afectar a temas de este trabajo, los titulados: *Castilla en escombros* y *La canción del Duero*.

ción de madera, materia que cada día se demanda en mayor cantidad, pues es fácil de comprender que con los limitados metros cúbicos que anualmente rinde el valle con sus tierras repobladas, pocas probabilidades existen de remediar la carestía, cada vez más intensa a medida que pasan los años, y menos el pensar el establecimiento de nuevas fuentes de riqueza en el suelo bañado por el Duero, partiendo de una materia prima forestal.

8. PAPEL DE LA GANADERIA EN LA HISTORIA ECONOMICA Y EN LA ACTUALIDAD CASTELLANA

En muchos lugares de Castilla, y principalmente en las tierras más altas, fueron los rebaños de ganados los que derrotaron al árbol, los que degradaron los bosques y los que, con su obra, abrieron camino a la erosión del suelo y a la ruina de la tierra cultivada. Al Honrado Concejo de la Mesta, nacido jurídicamente nada menos que hace casi siete siglos (exactamente, el 2 de septiembre de 1273) es al que algunos han atribuido la supuesta pobreza castellana, opinión un tanto atrevida, pues no hay que olvidar que la ganadería constituyó una de las bases de su esplendor en los siglos pasados, del mismo modo que hoy es también una rica fuente de ingresos para la economía campesina.

La Mesta unió a los pastores hace setecientos años; pero nosotros opinamos que estas agrupaciones de ganaderos castellanos eran anteriores a esa fecha. Andando el tiempo y merced a la protección oficial, aquella entidad adquirió categoría nacional, alcanzando, finalmente, los merinos, la preeminencia sobre todas las especies lanares. Y he aquí, cómo de esta manera la oveja citada fué la base inicial de las grandes ganaderías lanares que existen hoy repartidas por el mundo, pues merinos castellanos fueron los que salieron hacia América del Sur en 1493, a Africa Austral en 1772, a Inglaterra en 1792, a los Estados Unidos el año siguiente y a Australia y Nueva Zelanda en 1797, constituyendo la base de los florecientes rebaños que hoy poseen estas ricas naciones.

Una parte considerable de la historia económica de Castilla es la de su ganado lanar, ya que la vida de éste y las normas que la regularon influyeron durante siglos en las costumbres y en la legislación, así como en la organización política y social castellana. Mediante una cuidadosa selección de las ovejas y carneros, se llegó a crear la famosa hebra blanca, una de las aportaciones más eficaces y útiles que ha tenido la economía española a la mundial; y si esto se consiguió, hay que atribuirlo también a que la formación de esa hebra en las ovejas se vió favorecida por la trashumancia pastoril, nacida como consecuencia de las condiciones geográficas del suelo de Castilla, y que todavía es practicada en nuestros días.

Durante el verano, la hierba se halla seca en las regiones bajas, y por ello hay que buscar pasto para las ovejas en las tierras frescas de la montaña; pero éstas se cubren de nieve en los meses invernales, por lo que los rebaños buscan el abrigo y el alimento en las planicies y en los valles de clima más suave y al abrigo de los hielos. De este modo se establecen dos corrientes de animales, que suben al comenzar el verano y bajan en el principio del invierno.

La práctica de la trashumancia es muy vieja, pues se pierde en las noches de la Historia; a los caminos que los rebaños recorrían se les llamaba cañadas reales, las cuales se dirigían desde las sierras de pastos veranizos a los extremos de los pastos invernales (11). Por esta razón, las principales cañadas se encaminaban

(11) Los caminos pastoriles tenían una anchura de 6 sogas, que hacen 90 varas, según consta en el privilegio 8.º, que es la 3.ª de las leyes contenidas en la Real Carta expedida a nombre de Alfonso X el año 1284, y confirmada por los Reyes Católicos en 1489. Otro tipo de caminos, como los cordeles y veredas, tenían una anchura de 45 y 25 varas, respectivamente.

desde las montañas cantábricas hacia el Centro y Sur de España, atravesando, por lo tanto, de Norte a Sur el valle del Duero. En los tiempos modernos, su importancia económica ha disminuido considerablemente, habiendo contribuido a ello dos factores: que el transporte de muchos ganados se hace utilizando el ferrocarril, y que el número de animales ha decrecido. Y a la disminución de la trashumancia ha contribuido también el mejoramiento de la agricultura, pues no hay que olvidar que los privilegios de los ganaderos, agrupados en la Mesta, a los que se les concedía el libre paso de sus rebaños a través de los fértiles campos del valle del Duero, constituía una verdadera plaga, cuyos efectos se hacían sentir por todas las tierras bajas (12).

De la espléndida ganadería castellana de antaño no queda ahora más que el nombre y los recuerdos de la Historia, pues en estas tierras, hoy las especies laneras las forman, sobre todo, los rebaños de la típica oveja churra, de forma angulosa y alzada pequeña, constituyendo especies de renta que aprovechan con el mayor beneficio las raquíticas hierbas de las regiones esteparias, pastos de escaso corte, pero muy ricos en sustancias proteicas, silvestres y espontáneos, que, sin el concurso de estos animales, quedarían sin ninguna aplicación, y que es convertido por el ganado lanar en carne excelente (13), estiércol, muy importante por la falta de abonos, en lana y en leche, riquísima en grasas y, por ello, muy apta para la fabricación del célebre queso blanco de Villalón, y el de Burgos, de renombre nacional.

En cuanto al suministro de lana, materia prima importantísima y base de una industria muy floreciente en el medievo, Burgos y Valladolid se hallan rodeadas de un «cinturón lanero», pues aunque en estas provincias la producción es muy baja, el rendimiento alcanza cifras bastante altas en las provincias castellano-leonesas que le rodean, o sea, en Soria, Segovia, Avila, Salamanca y Palencia.

Para completar este apartado indicaremos que no faltan en la región representaciones del ganado vacuno, mereciendo destacar el hecho de que Madrid consume diariamente grandes cantidades de leche que son enviadas regularmente desde establos instalados en la provincia de Valladolid; en el Campo Charro son numerosas las ganaderías de toros de lidia, que también se crían en buenas condiciones en Valladolid. El ganado caballar posee los mayores rebaños en tierras de Burgos; en el asnal, destacan los garañones de Zamora, y en el mular, Valladolid; mientras que la carencia de árboles disminuye la importancia del ganado cabrío, con muy pocos ejemplares en Burgos y Palencia. Y cierran este cuadro descriptivo el ganado porcino, que tan bien se cría en los encinares salmantinos y las célebres gallinas castellanas, grandes ponedoras y punto de partida de otras razas celebradas por su carne y producción de huevos en varias naciones del mundo; sin olvidarnos de que, a pesar de que ha disminuido en importancia, la caza menor ha popularizado hace siglos a estas regiones, tan alabadas por sus liebres y conejos, perdices y codornices.

9. LAS INDUSTRIAS AGRÍCOLAS: FACTORES GEOECONÓMICOS DE LA MOLINERÍA

Los factores naturaleza y hombre han intervenido decisivamente en la distribución y configuración que, en el valle del Duero, han tomado las zonas de la industria harinera. El papel que las manufacturas laneras y sederas tuvieron en estas tierras en la Edad Media fué sustituido, en el siglo XIX, tras el decaimiento

(12) Vid.: Julio Klein: *La Mesta. Estudio de la Historia Económica de España*. 1273-1836. Madrid, 1936. J. Dantín: *Cañadas ganaderas españolas*. Folleto editado en Porto, 1904. André Fribourg: *La Trashumance en Espagne...* «Ann. de Géographie», 15 mai 1910.

(13) Dantín dice que en este sentido la palabra «carnero» es muy expresiva.

de aquéllas, por la industria harinera, para la cual posee, como hemos visto, abundante materia prima, estando su localización determinada por los lugares de la máxima rentabilidad: trigos mejores, comunicaciones próximas, mano de obra abundante, etc., condiciones que se dan, sobre todo, en el trozo del canal de Palencia a Valladolid, y a la que por su perfección puede aplicarse lo que se ha dicho de la industria harinera de los Estados Unidos (14), tan popularizada y perfecta por la habilidad de unas cuantas empresas para conseguir abastecimientos adecuados y variados de trigos, que les permite uniformar y mantener, año tras año, la calidad de sus harinas.

Las fábricas de harinas son las herederas de aquellas otras que, en siglos pasados, utilizando los pequeños molinos de piedra, servían para satisfacer las necesidades de cada localidad; estos molinos maquileros todavía subsisten en muchos pueblos; pero hoy son las grandes instalaciones las que monopolizan el porcentaje más elevado de la producción. Muchas de esas fábricas surgieron en Castilla cuando se inició una política de protección al trigo para defender la producción de los granos nacionales contra la concurrencia de los grandes países exportadores; y así, estas medidas proteccionistas vinieron indirectamente a favorecer al ramo industrial que ahora mencionamos.

En la distribución geográfica, la mayor capacidad de molturación corresponde, en el valle, a la provincia de Valladolid, la cual ocupa el tercer lugar de España (a continuación de Barcelona y Zaragoza), con un total de 53 fábricas (15); Salamanca, Palencia y Zamora poseen 45, 41 y 39 fábricas, respectivamente, que molturan 48, 58 y 47 vagones diariamente (16).

El rendimiento de esta industria en la región es, por término medio, del 76 por 100 de harina y el 24 por 100 de subproductos, poniéndose de manifiesto el progreso en el bajo coeficiente de mermas de la producción. Estas instalaciones, algunas de ellas magníficas, han sido presentadas como modelo, en repetidas ocasiones, para demostrar los progresos alcanzados por España en esta actividad con base esencialmente rural.

Las importaciones de trigo, así como también las exportaciones de harinas a nuestras posesiones de ultramar, antes de su pérdida en 1898, determinaron que en el pasado siglo se desarrollara la industria harinera en las zonas españolas litorales, lo que facilitaba el embarque y desembarque de las mercancías, y a veces influía grandemente en que se realizasen importaciones innecesarias, con el objeto de dar trabajo a unas fábricas muy distantes de las comarcas cerealícolas de nuestra patria. Posteriormente, la distribución geográfica de la industria harinera se ha modificado, asentándose ésta en la proximidad de los campos trigueros, orientación aparecida posteriormente, que ha beneficiado grandemente a los labradores castellanos, pues con ella se ha contribuido a revalorizar los granos y a colocar los excedentes de las cosechas en los mercados deficitarios de otras provincias de España.

Hemos indicado que todavía funcionan en muchos pueblecitos burgaleses, vallisoletanos y palentinos sobre todo, los clásicos molinos de piedra, cuya prosperidad en esta región fué muy grande, debido a que, además de los menesteres agri-

(14) C. F. Jones y G. G. Darkenwald: *Geografía Económica*. Méjico, 1944, página 673.

(15) Este medio centenar de fábricas pueden moler 89 vagones diarios de trigo. Zaragoza, otra gran provincia harinera, tiene 85 fábricas, con un rendimiento por día de 102 vagones.

(16) En las provincias de Burgos y León existen 28 y 26 fábricas, que pueden moler 43 y 28 vagones diariamente. Jorge Montojo, en su libro *La política española de trigos y harinas*, señala que en España existen 1.500 fábricas, suficientes para moler, aproximadamente, 200.000 quintales métricos diarios. Los molinos maquileros en toda la nación pasan de 10.000, ascendiendo el número total de instalaciones para trigo, piosos y mixtos a más de 20.000.

colas, tenían otra finalidad, pues, por ejemplo, sabemos que en el xvi funcionaba uno, en Valladolid, para la fabricación de un papel especial, destinado a la impresión de las bulas, según un privilegio que solamente tenían concedido, en España, la localidad indicada y Toledo.

Finalmente, sin salirnos de este apartado, no podemos dejar de tocar otra fuente de riqueza agraria industrial que poseen estas tierras, si bien no ha sido valorada en la estima que merece: las grandes extensiones que el valle dedica al cultivo cerealícola, ponen a disposición del que desee utilizarla, y como materia prima aparentemente inservible, cantidades gigantescas de paja, la cual, hasta hace poco tiempo y en la mayor parte de las localidades, se perdía al contacto con las inclemencias invernales o era quemada, sin utilización práctica alguna. Burgos y Valladolid pueden convertirse en un punto de concentración de toda la paja que sobra en el valle del Duero, para utilizarla como materia prima de algunas industrias; v. g.: la fábrica de papel de Dueñas; y hemos indicado esas dos ciudades, y no otras de la región, debido a que el gran problema de este artículo es el transporte, dado el escaso valor y peso de la paja en relación a su volumen.

10. NUEVAS INDUSTRIAS AGRÍCOLAS: LOS CULTIVOS REMOLACHEROS Y LA OBTENCION DE AZUCAR

Los capitales acumulados por los beneficios obtenidos en las ocupaciones harineras en muchas localidades castellanas, buscaban otras actividades con base agrícola para ser invertidos. Y he aquí que una industria de tipo rural llamó y trajo a estas tierras a otra del mismo cariz: el cultivo de la remolacha azucarera y la transformación de ésta, clave de un problema de gran trascendencia, no sólo para los castellanos, sino para todos los españoles en general.

Después que el químico alemán Margraff descubrió en 1747 la fórmula para extraer azúcar de la remolacha, ésta adquirió en España poca popularidad, debido a que nuestras colonias del mar de las Antillas proporcionaban todo el azúcar de caña que la nación consumía. Pero si cual previesen la pérdida del mercado antillano, en el último decenio del xix fueron montadas en las provincias de Zaragoza y Granada las dos primeras fábricas de azúcar de remolacha, número que en 1899 se había elevado a 15, y que continuó creciendo en el decenio siguiente considerablemente; pero las luchas y competencias obligaron al cierre de muchas de ellas, persistiendo únicamente en estado floreciente las establecidas en tierras granadinas y en el valle del Ebro (17).

En la zona de Castilla y León funcionaban en 1931 siete fábricas, con una producción de 69.000 toneladas de azúcar, mientras que en 1935 sólo rindieron 47.000, oscilaciones de fertilidad que se han manifestado también en años posteriores y que hay que atribuir a la escasez de rendimiento económico que para el agricultor castellano representa el dedicar sus campos al cultivo remolachero, retirando otros de más valía en el mercado y menos agotadores de la fertilidad de las tierras. Pero elevado el precio de la materia prima, para compensar así al labrador, el costo del azúcar aumentaría en proporciones tales que haría difícil su consumo para la débil economía de las clases populares, ya de por sí demasiado bajo, pues no debemos olvidar que el consumo del español, que no parece ser superior a los 12 kilogramos por habitante y año, es muy inferior al de la mayor

(17) Treinta y seis fábricas de azúcar de remolacha y otras tantas de caña fueron desmontadas y cerradas desde 1900.

parte de las naciones europeas (Inglaterra, 50; Francia, 27; Bélgica, 26; Portugal, 9 kilogramos) (18).

Por el área de extensión en que se cultiva la remolacha, Valladolid ocupa el segundo lugar de España, con 12.000 hectáreas (el primero corresponde a Zaragoza, con 12.500); León dedica a este cultivo 8.000; Burgos, 7.500, y Palencia, 4.000 hectáreas (19).

Algunos centros de transformación remolacheros fueron trasladados por decisión estatal a zonas de más potente producción, con objeto de conseguir un remedio para la crisis azucarera, motivo por el cual se crearon en el valle del Duero las azucareras de Toro, Aranda de Duero y Norte de Palencia, zonas en las que los rendimientos de los campos son muy altos, en razón a que las tierras son ricas en materias azoadas y poseen mano de obra numerosa y especializada. La producción media por hectárea es de 203 quintales métricos en regadío y 100 en secano. En los principales centros, la remolacha se cultiva por contrato entre los labradores y las fábricas, fijándose anualmente los puntos que necesariamente hay que tocar en los trabajos y suministrándose a cada localidad las semillas necesarias, después de ser éstas rigurosamente seleccionadas.

El número de campesinos que se dedican en estas zonas a las faenas remolacheras es muy grande; trabajo que ha contribuido, decisivamente, en varios municipios, a mejorar su situación económica, precisamente porque este cultivo exige mayor mano de obra en la época en la que el paro es más acentuado en las zonas rurales, es decir, hacia el invierno, fechas en las que los campos de cereales no precisan de los cuidados del labrador. Además, esta planta, con independencia de su significación para la economía industrial, hay que tener presente que es quizá la única que hace posible una perfecta rotación de los cultivos, la cual precisa de la remolacha como elemento indispensable, por lo que su importancia en la región es excepcional.

11. LA NUEVA POLITICA DE INDUSTRIALIZACION DEL VALLE DEL DUERO

El valle del Duero es una tierra pobre en la que el nivel de vida es sumamente bajo, y cuya potencialidad económica resulta notoriamente escasa en comparación no sólo con diversas tierras extranjeras de análoga civilización, sino también en relación a otras zonas españolas. Ciertamente hay comarcas ricas, pero la gran región no la forman solamente unas docenas de pueblos prósperos. La masa principal de su suelo está constituida por áridas mesetas y por estepas semi-desérticas, azotadas periódicamente por el paro estacional; y como la parte más importante de este trozo de Castilla es pobre, el conjunto de todas sus provincias, también lo es.

Un índice de que ello es cierto, nos lo da la renta nacional por habitante, que si es baja en España, en Castilla lo es todavía menor, y otra prueba de ello la tenemos en la alimentación, pues al lado de las 3.700 calorías que absorbe

(18) No debemos olvidar que el español precisa, fisiológicamente, ingerir menos cantidad de azúcar que un habitante del Norte de Europa, en razón a las condiciones climáticas de la Península Ibérica. El consumo óptimo del español se cifra en 18 kilos por habitante y año.

(19) La remolacha se cultiva en 30 provincias españolas, figurando en primer lugar la de Zaragoza, seguida por Valladolid, León y Sevilla, habiendo arrobato esta última a Granada la primacía remolachera que detentaba en Andalucía. En cuanto al número de fábricas azucareras, León dispone de tres, Burgos del mismo número, Palencia posee dos y Valladolid una. Administrativamente la cuarta zona azucarera la forman las provincias de Alava, Burgos, Palencia y Valladolid, teniendo esta última una de las tres refinerías que hay en España.

diariamente el inglés medio, o de las 3.110 del italiano, nuestro campesino castellano rara vez ingiere más de 2.500.

Estos datos bajos, a los que podrían añadirse los referentes al consumo que hace el campesino vallisoletano o burgalés de algodón, hierro o calzado, reflejan claramente que la vida de aquéllos es de un nivel muy pobre, mediocridad que solamente puede desaparecer aumentando la capacidad adquisitiva del labrador castellano, para lo cual hay que sustituir muchos «jornales de azada» por «jornales de máquina», modificación cuyos primeros síntomas han comenzado a señalarse hace poco tiempo (20).

Estas nuevas orientaciones, que débilmente han comenzado a sentirse en el nivel de la vida rural, hay que atribuir las, en primer lugar, a la política de industrialización que ha nacido en todo el valle, y con la cual esta región ha dejado de ser una tierra pasiva destinada a convertirse en una colonia económica más o menos declarada (21); nueva directriz que ha de elevar el nivel de vida de los campesinos de estas tierras, contribuyendo así a ser una eficaz colaboradora de las obras que tienen que realizar los futuros regadíos.

La industrialización de Castilla se ha impuesto, pues, por sí misma; y para darnos una idea de su necesidad, basta mirar las cantidades que obtiene el Estado en estas tierras por contribución territorial, cifras que son inferiores a los ingresos que percibe con el impuesto por carburantes líquidos. Con ella no se persigue el disminuir la producción agrícola, que, por el contrario, al compás de aquélla debe ser fuertemente incrementada y aumentada, pues en ese programa elaborado para el futuro del valle del Duero, las atenciones y demandas de la agricultura ocupan el mejor lugar y preferencia, a lo cual se debe el que las industrias de obtención de fertilizantes, las de energía eléctrica (tanto en relación con los programas de regadío como en los de la electrificación), las de la producción de maquinaria agrícola y las de transformación de las materias primas del campo, como fibras, pajas, azúcares, conservas y similares, sean objeto de la mayor atención en la nueva estructuración económica planeada para estas tierras.

Por estos detalles se ve que la industrialización en Castilla no significa, en modo alguno, abandono de su riqueza agrícola en un futuro más o menos próximo; y que aquélla, por el contrario, ejercerá una influencia decisiva sobre los campos, para que sus porcentajes de rendimientos, hoy muy bajos en comparación con los de otras regiones y países, sean aumentados. Precisamente las industrias que han comenzado a levantarse en Valladolid o en Burgos, o en cualquier otra comarca, no tienen más misión que luchar contra los puntos débiles que el agro castellano tiene: dificultad de aumentar sus superficies de cultivo, falta de fertilizantes, escasísima mecanización y retraso en la creación de nuevos regadíos. Sus resultados quizá no se verán inmediatamente en algunas ramas; pero para consolarnos de este atraso, pensemos que una de las diferencias que existen entre los pueblos grandes y aquellos otros que no lo son, consiste en que los primeros piensan a largo plazo, hacen sus planes y proyectos con vistas al futuro, es decir, saben prever. La improvisación no cabe en ninguna de las industrias fundamen-

(20) Castilla es pobre porque tiene que mandar a otras regiones o al extranjero exportaciones de clase tercera, productos primarios. Usando la dialéctica de Federico Listz, creador del espíritu de la política nacionalista, podríamos decir que es a zona del Duero, con un nivel de ahorro, y por lo tanto capitalista, demasiado bajo (como después veremos), se ha distinguido por sus exportaciones con «jornales de azada», al mismo tiempo que tiene que realizar muchas importaciones con «jornales de máquina», que son mucho más altos que los anteriores.

(21) Decimos esto porque es sabido que un país con agricultura floreciente o con abundantes yacimientos mineros, pero sin una industria sólida y capaz, está llamado a desempeñar, más o menos tarde, el triste papel de colonia económica.

tales, y menos en aquellas que pueden asentarse en los alrededores de Valladolid, de Burgos o de cualquier otro rincón del valle del Duero.

Las razones de esta nueva orientación surgieron en los dos períodos más críticos de la moderna economía española: el de 1936-39, con la guerra nacional, y el de 1939-45, con la mundial, etapas que trajeron por consecuencia la reducción drástica de muchos artículos que Castilla precisaba para sus actividades agrícolas, mientras que el mercado interno seguía creciendo y creando nuevas necesidades que era preciso satisfacer. Así, pues, este proceso de la industrialización, comenzado intensamente hace algunos años, fué más bien la consecuencia de una serie de circunstancias externas, a las que el gran valle ha tenido que adaptarse. Y para comprobar el ritmo ascendente de estas nuevas facetas económicas, pasaremos revista en capítulos posteriores a algunas de las manifestaciones que se nos ofrecen por sus pueblos y ciudades.

12. LA RIQUEZA HIDROELECTRICA, COMO BASE DE LA TRANSFORMACION ECONOMICA

Las ásperas consecuencias del malthusianismo han sido rehusadas por los economistas moderados; pero aquí nosotros no podemos dejar de poner de manifiesto que cuando los hombres prefieren estar en dulce letargia en vez de aplicar el poderoso ingenio de sus facultades a sacar provecho de los prodigiosos recursos que la naturaleza les ofrece, el estancamiento económico es incuestionable; de ello tenemos una muestra en las zonas que estamos estudiando, en las que el desconocimiento u olvido de algunas fuentes básicas de energía las ha mantenido en un estado de atraso, que ha comenzado a desaparecer tan pronto como han comenzado a utilizirlas.

Y para probarlo no tenemos más que citar un nombre: la electricidad, la más noble y fecunda de las fuentes, que no sólo nos trae la luz y el calor, sino que además es insustituible productora de riqueza. Con ella son inmensas las posibilidades que se le ofrecen a la agricultura y a la industria, motivo por el cual comprenderemos el gran papel que le corresponde a la hulla blanca en la industrialización del valle, ya que las grandes zonas de aprovechamiento hidroeléctrico de España se hallan precisamente en la cuenca del Duero, primacia que se adivina sabiendo que Zamora es la provincia que figura en el primer lugar de la nación como productora de esta energía.

Es muy grande la importancia que tiene la electricidad en la transformación económica de esta zona, pues Castilla precisa sufrir el impulso de una electrificación en escala nunca imaginada, el único factor capaz de independizarle de los altos precios que tienen que pagar sus provincias por los carbones que importa, debido a la situación excéntrica de sus minas, mientras ha dejado correr, inaprovechado, el alto caudal de sus ríos (sobre todo los de la derecha del Duero) o bien ha visto, indiferente, cómo la fuerza producida por ellos marchaba por líneas de alta tensión tendidas por encima de sus campos a alimentar industrias situadas muy lejos de su suelo.

La Hidroeléctrica Ibérica y los Saltos del Duero se fusionaron más tarde, creando Iberduero, la Sociedad anónima privada de mayor capital y la empresa de electricidad más potente de España. Y la riqueza en hulla blanca que ofrece la geografía castellana se pone de manifiesto en las instalaciones que explota esta gran Compañía, cuya producción se puede estimar superior a los 2.000 millones de kilovatios-hora, cifra que supone más del 20 por 100 de la total española.

Con esta gran cantidad de energía disponible son muy amplios los planes futuros que se han elaborado; mas hasta que aquellos lleguen, como la vida no puede paralizarse, la hulla blanca ya ha comenzado a prestar su apoyo a las fábricas castellanas, en la que su prosperidad y futuras ampliaciones están supe-

ditadas a la abundancia de energía eléctrica barata y producida en la región; comienzos de esa ayuda que ya ha tenido su manifestación tangible, en que, por ejemplo, la provincia de Valladolid en 1957 ocupaba el quinto lugar de España en cuanto al consumo medio por habitante y año, con 1.538 kilovatios-hora (Huesca, 1.789; Barcelona, 1.007; Zaragoza, 635; promedio de España, 470), y en la serie de empresas que se han instalado en estos suelos, formando parte del plan de transformación económica de España.

13. LA INDUSTRIA LLAMA A LA INDUSTRIA: REALIDADES Y PROYECTOS

Con la existencia de esas inmensas posibilidades eléctricas, de las cuales son un anuncio las ya utilizadas, ha surgido en el valle, al conjuro de la hulla blanca, un artículo que es compañero inseparable de la electricidad, un metal joven y ligero: el aluminio, el metal de los aviones y de los automóviles, con cuyas palabras se adivina su brillante porvenir. La electrólisis permite su obtención a precios comerciales, pero para ello se precisa abundancia de fuerza, lo que explica que todas las fábricas repartidas por el mundo se hallan cerca de centrales productoras de aquella energía. Por eso, se ha levantado también en Valladolid una instalación llamada a revolucionar la economía regional: la Empresa Nacional de Aluminio o ENDESA, en la cual, por electrólisis de la alumina, se obtienen lingotes de aluminio y ciertos productos transformados. La puesta en marcha actual significa una producción de 2.000 toneladas, cifra que en breve plazo se duplicará, existiendo planes perfectamente estudiados para alcanzar un rendimiento anual de 10.000 toneladas.

Es insospechado el cambio que recibe la estructura económica del campo con estas instalaciones, cuyas consecuencias son desconocidas por constituir materia prima para otras industrias: reflexiones análogas a las que podemos hacer para las nuevas fábricas de fertilizantes, instaladas también en territorio vallisoletano.

Las sales de la tierra, es decir, los abonos, han constituido una de las mayores preocupaciones de los técnicos e industriales y también de los economistas españoles, pues el 50 por 100 de los productos químicos que se importaban en años normales eran precisamente fertilizantes nitrogenados naturales o sintéticos, alcanzando un valor que algunos años (entre otros el 1924) fué de 165 millones de pesetas oro, cifra gigante en aquella época, como la de las necesidades españolas, calculadas en 100.000 toneladas de nitrógeno, contenidas en 700.000 toneladas de sales, cantidad de la cual, las huertas levantinas consumían casi la mitad (22).

Era, por lo tanto, necesario aliviar esta gran falta de nuestra economía agrícola, pues la falta de nitrógeno donde se notó con más intensidad hace años fué precisamente en los campos trigueros castellanos, ya que, a la carencia de aquél, hay que atribuir en primer lugar el déficit de cereales; y para agravar el problema, tengamos en cuenta, además, que el campo español empleaba cantidades insuficientes, pues los 6 kilogramos anuales de fertilizantes nitrogenados que consumíamos por hectárea, pasaban a ser 30 ó 40 en muchos países extranjeros.

Las fábricas españolas de Flix, La Felguera y Sabiñánigo no alcanzaban a cubrir más que un porcentaje muy pequeño; por ello, el Estado dictó en 1940 el llamado «decreto del nitrógeno», que estimulaba la creación de fábricas de este tipo, habiendo respondido a este llamamiento oficial el capital privado mediante la construcción de la SEFANITRO (filial de Altos Hornos de Vizcaya), en

(22) En el capítulo de abonos, España es deficitaria en grado sumo, a pesar de poseer una gran riqueza en sales en las zonas catalanas de Suria-Cardona y Balsareny Sallent. Véase: Isidoro Escagüés de Javierre: *La estructura económica de Cataluña y sus fundamentos geográficos*. «Boletín de la Real Sociedad Geográfica», Madrid, 1951

Baracaldo; la Sociedad Ibérica del Nitrógeno, en La Felguera; la Unión Química del Norte de España o UNQUINESA, en Mataporquera (Santander) y Axpe y Baracaldo (Vizcaya); y, finalmente, otra instalación, Nitratos de Castilla, conocida en el mundo financiero con el nombre de NICAS. Esta sociedad, que utiliza la fuerza del Esla o presa Ricobayo, es filial de la Iberduero, estando emplazada en Cabezón, en las afueras de Valladolid, como centro ideal de esta gran región cerealista, principal consumidora de abonos, próxima al ferrocarril y al río Pisuerga para derivar de él las aguas que precisa, siendo su misión la producción del nitrato amónico mediante la fijación del nitrógeno atmosférico por vía electrolítica.

Las fábricas que acabamos de citar no son más que un ejemplo de ese cambio que se anuncia, pues son otras varias las instalaciones que han surgido; el valle del Duero, al compás de la hulla blanca, cambia de fisonomía, lo cual se ve en las nuevas construcciones que se han levantado y proyectado, pues la industria llama a la industria, y todavía con más fuerza cuando éstas son básicas para las demás: un potente núcleo fabril en Burgos, con variada finalidad, y entre ellas la obtención de papeles especiales y artículos textiles; nuevas industrias resineras en Soria; en tierras de León, fabricación de antibióticos y derivados múltiples de la hulla; automóviles Renault, ciertas semillas seleccionadas y otras varias factorías en Valladolid, etc., etc.

14. LOS FLORECIENTES SIGLOS DE VIDA COMERCIAL

Los únicos yacimientos importantes en el ramo mineral, de todo el valle del Duero, son los carboníferos de las pequeñas cuencas de los valles norteños de León y Palencia, situación excéntrica respecto a las demás provincias de la región, que les hace disminuir su importancia económica. En las zonas de Villablino, Ciñera, Matallana y Barruelo, que es donde se hallan las minas principales, éstas ocasionan un activo movimiento mercantil, sobre todo con Vizcaya, que recibe el carbón que precisan sus fábricas a través del ferrocarril minero de La Robla-Valmaseda; pero, en general, el valle del Duero tiene un índice comercial inferior al que le corresponde por su situación geográfica, que es un punto de unión entre las ricas zonas cantábricas y el gran mercado consumidor que constituye la capital de España, emplazamiento del que estas tierras supieron aprovecharse en siglos pasados, y de lo que nos ofrecen como testimonio de certeza las célebres ferias que aquí se desarrollaron.

Las ferias y mercados de esta tierra eran antaño, como también lo son hoy, exigencias de la gran masa de pequeños labradores de cereales; por ello, se han perpetuado en el valle del Duero, que posee grandes aglomeraciones, que son en sí un mercado que, periódicamente, concentra a los labradores por la necesidad de éstos de vender el grano poco a poco. Los mercados se reunían semanalmente en algunas villas, siendo fácil el comprender su importancia en un país en donde el tipo medio de moradores de cada localidad es el de 200 habitantes.

La feria castellana tuvo su origen en estas transacciones para poner en contacto a compradores y vendedores en ciertas épocas del año, siendo una gracia real la concesión a una localidad de ese privilegio, que también se extendía a los mercaderes que a ellas acudían, a favor de los cuales los Reyes Católicos confirmaron el «Seguro Real»: tuvieron especial renombre en España, y entre ellas destacaron las universalmente conocidas de Valladolid, Medina de Rioseco (llamada la India Chica) y sobre todo la de Medina del Campo.

Los comerciantes más importantes de Europa se daban cita allí: genoveses, flamencos, aragoneses, mallorquines, etc.; y por la magnífica situación geográfica de la población, equidistante de los centros productores y en una comarca abierta a todos los caminos, llegaban a ella trigos, vinos y lanas castellanas, hierros viz-

cainos, ganados y cueros asturianos y gallegos, azúcares, aceites, frutas y vinos andaluces, carnes y cueros extremeños, azafranes manchegos, etc., cambiados por mercerías y lienzos franceses, sedas, cristalería y orfebrería genovesa y veneciana, tapices, paños y lienzos flamencos, etc., etc. El volumen tan considerable que alcanzaban las mercancías con que allí se operaba lo demuestra el hecho de que duraban esas ferias unos cien días cada año, más siete mercados francos concedidos entre el Jueves Santo y el Corpus Christi; periodos que, unidos a los que se invertían en la liquidación de las transacciones y en la preparación de las nuevas ferias, determinaban el que, prácticamente, no se interrumpiese en Medina la actividad mercantil durante todo el año.

Al llegar aquí no podemos pasar por alto el mencionar que los Bancos y los giros de letra adquirieron en Medina una importancia extraordinaria para financiar las operaciones, ofreciéndose así, en esta localidad, el precedente más cierto que el mundo ha tenido de esas instituciones, de tanta importancia en las finanzas contemporáneas. Acerca de ese movimiento monetario que se cruzaba en forma de cédulas, giros y letras, he aquí lo que dice un prestigioso escritor del siglo xvi (23): «A estas ferias (las de Medina) van todas las naciones o a pagar seguros o a tomar cambios o a darlos; finalmente, es una fragua de cédulas, que casi no se ve blanca, sino cédulas, y por ser el trato de mercar tan común, hay en ella muchos necesitados de dineros que los toman a pagar cada uno en sus tierras; y como andan hermanados los cambiadores con ellos, su trato en estas ferias es ir allí con gran cantidad de dinero y poniendo banco o, lo que es más general, sin él dar a cambio... Así que ya lo principal de las ferias es cambio y pagamentos, no compras y ventas francas, aunque deste hay muy buena parte...»

Adquirieron estos Bancos tanta importancia, que el Estado se vió precisado a regular sus operaciones; y así Felipe II por un Real Decreto fijó el interés que podían descontar los Bancos públicos de Medina del Campo en un medio por ciento, reduciendo su número a tres o cuatro y obligándoles a dar un depósito de 150.000 ducados cada uno como garantía de sus operaciones, fianza que en la práctica era innecesaria por la moralidad y honradez de que siempre hicieron gala, en sus normas comerciales, los mercaderes castellanos (24).

Hasta finales del xvi esta célebre feria de Medina mantuvo su esplendor; después decayó, debido, sobre todo, al aumento de impuestos y al auge del comercio colonial con América, el cual tuvo influjo no sólo sobre el español, sino en el de toda Europa.

15. EL INFLUJO GEOECONÓMICO SOBRE LAS VIAS DE COMUNICACION

En relación con las vías de comunicación, muy pocos castellanos, seguramente, han advertido un hecho fundamental: que el tendido de los raias ferroviarios a través del valle no fué caprichoso, a pesar de la suave horizontalidad de los suelos, sino que se impuso por realidades geoeconómicas, a las que quizá, insensiblemente, se adaptaron los proyectos elaborados y ejecutados por los ingenieros.

Aquel mosaico de pueblos y economías que se albergaban en la zona media del valle, desde hacia siglos eran atraídos, como por un imán, por ciertas localidades o centros comarcales, a los que acudían los labradores y los productos de una región determinada, empujados por las comunicaciones naturales fáciles hacia sus

(23) El Padre Mercado, en su obra *Suma de tratos y contratos*.

(24) Acerca de cómo entendieron y practicaron las normas comerciales aquellos laboriosos comerciantes se han dado curiosas noticias, algunas de las cuales están publicadas. Para conocer más datos sobre ello véase el trabajo siguiente: Ismael García Rámila: *Tres fehacientes estampas de la vida comercial burgalesa en los tiempos que fueron*. «Boletín de la Institución Fernán González», año XXXI, número 118, Burgos, 1952, págs. 37 y sigs.

ferias y mercados: Medina del Campo, Valladolid, Venta de Baños, Burgos, etcétera. Fueron precisamente estos puntos los que determinaron por su preponderancia comercial el origen de las principales estaciones para los ferrocarriles cuando éstos se asomaron a la región, y, por lo tanto, los que marcaron el tendido de las líneas férreas, las cuales buscaron, desde sus comienzos, enlazar las unas con las otras, es decir, unir centros comarcales o comarcas geográficas. Este y no otro fué el origen de los nudos ferroviarios de Medina del Campo, Valladolid, Venta de Baños y Burgos, como también podríamos citar, fuera de la cuenta duricense, los expresivos ejemplos de Alsasua (25), Miranda, Caminreal, etc., nombres que, unidos a muchos más que podrían añadirse en España, prueban que las estaciones-nudos fueron establecidas en el centro de una región económica y, por lo tanto, natural.

Se ha dicho que cuando el ferrocarril corrió por estas tierras mató a algunas industrias tradicionales, que sólo prosperaron mientras se mantuvieron aisladas: pero, por ejemplo, en Medina del Campo el fenómeno fué inverso, ya que esta localidad, como otras muchas españolas, recuperó parte de su antigua grandeza, merced solamente al concurso del camino de hierro, el cual, resucitando la importancia estratégica y comercial que tuvieron antaño, las ha convertido de nuevo en centros de captación de mercancías y viajeros, absorbiendo las riquezas existentes en una extensión de tierras mucho más amplia que la que atraían siglos atrás con sus mercados y ferias.

16. LA POBLACION Y SU REPARTO GEOECONOMICO

Más todavía que los elementos, y más deprisa que ellos, el hombre modifica los aspectos del globo. Su inteligencia prevalece sobre la Naturaleza, que sujeta a sus caprichos, destruye aquí, para reconstruir allá; frase de un escritor ilustre (Brunhes) que nos muestra que la actividad humana parece como una nueva fuerza que actúa sobre la superficie terrestre, modificando poderosamente sus aspectos geográficos, y, por ende, también los económicos. Podemos decir, pues, que el hombre es un factor geoeconómico, por lo que nosotros ahora vamos a hablar de este gran agente transformador, del hombre castellano, que bien se llame salmantino, burgalés, palentino o zamorano, ha humanizado el paisaje de su suelo, y asociándose a la obra de los agentes naturales ha encauzado a éstos por la senda más apropiada para que mejor sirviesen a las múltiples necesidades de su existencia.

Antes que los romanos ocupasen estas tierras, se sabe con certeza que existían en ellas prósperas colectividades dedicadas a una activa vida agrícola, la misma que tuvieron en la época de ese pueblo conquistador, sobre todo alguna de sus comarcas. Siglos después, estas tierras se convirtieron en zona de separación hispanomora marcada en los siglos x y xi por el Duero: Agreda, Gormaz, Medinaceli, Osma, Roa, Zamora, Viseo; y el castillo cristiano (del que tomó el nombre Castilla) se fijó en esa misma línea; fortalezas rudas y primitivas, descritas por la «Crónica General» de Alfonso X el Sabio, y que tanta admiración despertaron en Taine, de las que salieron los soldados que emprendieron la reconquista de las tierras meridionales. Tras estos triunfos, la línea del Duero fué sobrepasada, hasta alcanzar el río Tajo con la toma de Toledo el año 1085, llevando aquellos hombres consigo sus usos, costumbres y lengua. Y el valle del Duero, con la seguridad que le dió el alejamiento de las luchas, se vió invadido por muchos pobladores cristia-

(25) La elección de Alsasua como nudo ferroviario no fué caprichosa, pues esta localidad constituye el centro geográfico de una rica región, y posee un conjunto de salidas naturales, dirigidas a varios puntos, siendo uno de los casos típicos de la adaptación del camino de hierro a los factores naturales. Vid.: Isidoro Escagües de Javierre: *Geografía del ferrocarril Alsasua-Irún*. «Estudios Geográficos», número 32, Madrid, 1948, páginas 484 y siguientes.

nos, diversos por su naturaleza, pero que al cabo de poco tiempo se vieron unificados.

Producto de esa unificación fué el típico labrador castellano, cuyos rasgos de temperamento y carácter han sido achacados a sus hábitos campesinos, a los cuales también se les atribuye la realización de una de las empresas más importantes que ofrece la Historia de España: el campo castellano ha producido personas de buen juicio, soldados intrépidos y sufridos labradores, de los que nacieron los hombres robustos y valientes del medioevo; fortaleza y valentía, frugalidad y sencillez, elevación de espíritu y cierta grandeza; he aquí las notas y cualidades que la naturaleza física y el medio social y económico (que está a su vez determinado por aquélla) imprimió a la raza que se formó en Castilla, la cual, encerrada en un territorio sin salida al mar (26) y al que no llegaban las influencias oceánicas ni las de la vida marítima, había de compeler la poderosa fuerza resultante de la conjunción de sus cualidades físicas y morales, mirando hacia el interior de la patria, comenzando así la magna tarea de constituir la unidad política peninsular, poniendo la nacionalidad española en consonancia con la geografía. Obra reflexiva y perseverante del pueblo castellano, demostrativa de la perfecta asimilación de las cualidades de sus labradores y de las directrices geográficas del suelo.

Fué, pues, una misión política la que llevaron a cabo, con sus actividades, los pobladores del valle, cuyo número, como los del resto de España, ha sufrido muchos altos y bajos a lo largo de la historia, consecuencia natural, casi siempre, de las épocas de prosperidad o decadencia: en el período comprendido entre 1587 y 1768, los obispados de Burgos, Palencia, León y Zamora (27), disminuyeron en habitantes, creciendo muy levemente solamente el de Osma (28). Desde 1860 a 1877, Burgos y Palencia mermaron sus moradores, aumentándolos, pero muy ligeramente, Valladolid (0,01 por 100 anual) y Zamora, siendo la provincia del máximo incremento en el valle del Duero en los años señalados, la de Salamanca. En el período 1900-1930 no hubo disminución en ninguna provincia de esta región, registrando los mayores avances la de Valladolid.

Así llegamos a los tiempos actuales, en los que hallamos, en líneas generales, los siguientes datos para todo el valle: un total de 2.500.000 habitantes, cantidad que le da una densidad media de 25 por kilómetro cuadrado. La primera cifra, si en principio parece grande, no lo es si la comparamos con la gran extensión territorial; la pobreza en aguas y en vegetación, los páramos y las estepas son las principales causas de que no exista una población tan densa como la de otras regiones de España, pues la que alcanza el grado máximo, que es la de Valladolid, solamente llega a los 40 habitantes por kilómetro cuadrado.

Y, sin embargo, las tierras bañadas por el Duero figuran entre las de gran natalidad de España, a pesar de lo cual, la población crece a un ritmo más lento que los nacimientos, anomalía debida a que esta región productora de hombres sirve de vivero para crear un vecindario que después marcha a otras regiones, en las que la natalidad es más baja; estas provincias, en los tres primeros decenios del siglo xx, tuvieron un crecimiento biológico del 26 por 100, y el resultado censal arrojó solamente un aumento del 8 por 100 (29).

La razón de esta emigración es muy fácil de hallar; la decía ya Bismarck, ha-

(26) El gran vate catalán Maragall compadeció a la Castilla de las planicies inmensas porque no tocaba el océano; por eso canta la copla: «Pobre Castilla la llana, que no pudo ver el mar...»

(27) Los recuentos de 1587 y 1768 se efectuaron por obispados, los cuales, por haber experimentado modificaciones mínimas en sus territorios, nos permiten considerar las variaciones de población con bastante aproximación.

(28) J. Villar: *Problemas de demografía española* «Arbor», núm. 6, noviembre-diciembre, 1944, págs. 281 y sigs.

(29) J. Villar: Obra citada, pág. 300.

blando de Alemania, hace más de medio siglo: El país o la región que no puede exportar mercancías, tendrá que exportar hombres; y éste ha sido el motivo de lo que en este orden ha venido haciendo el valle del Duero en la primera mitad del siglo xx.

Madrid y Vizcaya son las regiones que más se han visto favorecidas con la afluencia del hombre castellano, emigrante de su tierra natal. Cálculos hechos en años pasados, indican que viven en Madrid 21.000 vallisoletanos, 25.000 burgaleses, 14.000 salmantinos, etc., habiendo en total, en la capital de España, 120.000 personas nacidas en Castilla la Vieja y 70.000 naturales del viejo reino de León (30). Por estos datos se ve que el valle del Duero es un rico expendedor de hombres, los cuales se han dirigido también en gran número a Vizcaya, zona en la que, con su esfuerzo, parece que han querido contribuir al engrandecimiento de Bilbao, pagando así, y en cierto modo, la generosidad con que el capital bilbaíno ha acudido a la industrialización de los campos de Castilla.

Al despecho de las pequeñas variaciones regionales y provinciales, la población del valle muestra una gran homogeneidad, debida, principalmente, a tres factores: la vivienda, el vestido y la pureza del idioma.

Hoy, la mayoría de esos pueblos son pobres, sin que en ellos se aprecien las modificaciones urbanas que en cualquier localidad han producido los continuos adelantos de las generaciones. Por ello, las casas son como fueron: de una sola planta, de adobes, con teja árabe y angostos huecos, adosadas, en muchos casos, a hermosos monumentos que pregonan la vieja Historia: ayuntamiento, iglesia, castillo, etc. La Tierra de Campos es la que mejor retrata la vivienda castellana, pues en esta comarca, llana y desolada (como decía Macías Picavea), no hay más que una materia: arcilla, tierra, barro; arcilla y barro (seco o húmedo) en las calles, en las casas, en las tapiernas de las afueras y en las cuadras o abrigos cónicos de las eras, con trazas de construcción prehistórica; y también en los campos, en las tierras, en los caminos. Por ello, todas las obras humanas tienen el mismo color (31). Es la Castilla de barro, frente a la cual se alza otra Castilla de roca, formada por esos inmensos bloques de piedra arenisca, de tonos grises, que en ocasiones al viajero se le presentan por doquier, dando al paisaje apariencias de fantasías lejanas.

Si las viviendas son el prototipo de la austeridad digna y sencilla, también lo son los vestidos corrientes que se utilizan en estos pueblos, en los que el hombre se viste más, debido quizá a que, como se ha dicho, ello sucede siempre que la Naturaleza presenta menor revestimiento vegetal. Las ropas gruesas defienden del frío, lo cual explica la vieja industria lanera que aquí se asentó hace siglos; y el clima extremado es el que, al decir de Unamuno, ha llevado al hombre castellano a inventar la capa larga, que le aísla del ambiente, dándole una atmósfera personal regularmente constante en medio de las oscilaciones exteriores.

La agudeza de estos hombres también se han manifestado para defenderse de las inclemencias invernales, mediante el ingenioso sistema de calefacción utilizado en las viviendas de las comarcas donde falta la leña (sobre todo en la Tierra de Campos), conocido con el nombre de «la gloria», para templar las habitaciones (32). Siendo también una consecuencia del clima el plato típico regional, el cocido castellano, con un número de calorías (que se eleva a 876) que son más que suficien-

(30) El madrileño que podríamos llamar «natural de Madrid» representa solamente el 43 por 100 de la población de la capital de España.

(31) En las zonas castellanas de frío extremado, la materia prima de las viviendas es la piedra. Isidoro Escagüés de Javierre: *La Lora: el país y sus habitantes*. «Publicaciones de la Institución Fernán González», Burgos, 1949.

(32) Este sistema de calefacción está formado por una serie de huecos debajo del suelo de cada piso, entre los cuales circula el aire que se calienta en un horno excavado en el rincón de una habitación baja, alimentado por paja y heno.

tes para completar la nutrición de sus hombres con los demás alimentos que toma (33).

La personalidad constante del castellano se manifiesta también a través del purísimo idioma que se habla en toda la región: el castellano, la vieja lengua poética de los cantares de gesta, la creadora de la nueva España medieval, la que cantó, con la épica castellana a nuestros héroes en el «Mío Cid», la que introdujo en «El Corbacho» del Arcipreste de Talavera la lengua de la plaza, del mercado, de la conversación familiar; la que se utilizó para reglamentar el trabajo en el célebre «Ordenamiento de Menestrales», promulgado en las Cortes de Valladolid en tiempo de Pedro I, y la que, después, llevada por los soldados y por los comerciantes que acudían a las ferias, se convirtió en idioma universal.

17. LAS PRINCIPALES CIUDADES Y SU FUNCION ECONOMICA

La forma de poblamiento más común en estas tierras es la aglomeración, lo cual demuestra un largo periodo pasado de inseguridades y otro motivo, económico: la explotación de los suelos en las mejores condiciones, advirtiéndose que los pueblos aislados y grandes, muy distantes entre sí, están (como hemos dicho anteriormente) en numerosas ocasiones separados de los ríos, dando con ello a entender claramente que la causa de su formación no ha sido, como en otras regiones, la proximidad del agua, sino la posesión del campo y la dominación de sus dilatados horizontes.

En las numerosas y viejas guías de los siglos XVI y XVII se observa que los pueblos estaban en los mismos lugares y a igual distancia que en la actualidad, perfilándose así su estático emplazamiento y, también, la inmutabilidad de su fisonomía, a pesar del paso de los siglos, la cual no ha cambiado, porque tampoco se han modificado los motivos económicos causantes de la diseminación en las centurias pasadas.

En el poblamiento de la provincia de Valladolid, zona de gloriosa y larga historia, hay que distinguir dos clases de localidades: las que tuvieron en otro tiempo razón de ser y hoy han perdido su antigua importancia, y las que han conservado la suya o la han adquirido merced a las nuevas condiciones económicas en que se encuentra el país.

Entre las primeras, el caso típico es Medina del Campo, la opulenta ciudad de Castilla en los siglos XV y XVI, y que, sin embargo, hoy no pasa de los 10.000 habitantes, debiendo, en parte, su valor económico a ser un nudo ferroviario de gran importancia y conservar la herencia de su antigua valía como mercado de cereales. Y en este mismo apartado podemos citar a Simancas, célebre, más que por su economía, por su riquísimo archivo, fundado por Carlos V (34), y a Villalar, con gran relieve histórico, lo mismo que Tordesillas, Peñafiel y Medina de Rioseco.

Entre las segundas debemos de destacar a la ciudad más importante de todas estas tierras, no sólo por sus habitantes, sino también por su potencia económica: Valladolid, que comenzó en el medioevo creciendo muy despacio y andando los años se impuso a todas las de la región cerealista. No vamos a detenernos en la exposi-

(33) Los platos regionales de España tienen un valor económico que hasta el presente no ha sido valorado como merecen. He aquí algunas cifras: gazpacho andaluz, 159 calorías; pote gallego, 559; cocido catalán, 592; migas de pastores, 658; cocido andaluz, 737; cocido castellano, 876, y paella valenciana, 1.038 calorías.

(34) El archivo de Simancas, instalado en el castillo de la localidad, posee millares de documentos originales, muchos de ellos con notas y advertencias puestas por la misma mano de algunos monarcas, especialmente por Felipe II. De él se ha dicho que es la Historia de España, siendo también un manantial de datos y noticias acerca de la vida económica española de siglos pasados, pues allí se hallan escrituradas un número incontable de noticias inéditas sobre la vida mercantil y agrícola de la España tradicional.

ción de los incomparables tesoros artísticos que posee, como la Catedral, en la que da carácter a su masa magnífica la piedra blanca careada de Campaspero; Santa María la Antigua; el Colegio de Santa Cruz; el de San Pablo; el de San Gregorio; la Universidad; su abundante imaginaria, en la que se hallan reunidas las obras maestras de Fernández y otros imagineros notables españoles; las numerosas e históricas mansiones, etc.; no vamos a citar tampoco el período en que bajo Felipe III fué corte de España. Aquí nos interesa poner de relieve que en la actualidad está dotada de una poderosísima vitalidad económica, manifestada en la concentración de un importante comercio de cereales y harinas, en la posesión de un fuerte núcleo metalúrgico que tiene su área de consumo en la zona cerealista castellano-leonesa; y, sobre todo, con unas perspectivas industriales amplísimas, como antes hemos señalado. Y la mejor prueba de la importancia económica que tiene actualmente nos la dan los «Boletines de Información» semanal publicados por las Bolsas y entidades bancarias españolas, en los que figura la lista de cotizaciones de un número grande de instalaciones vallisoletanas, fabriles y mercantiles, inexistentes, prácticamente, hace muy pocos años.

La ciudad tiene una alegría y bullicio constantes, que contrasta con la mole adusta y cercana de la localidad de Simancas, rúbrica del silencio y de la paz, hallándose desparramada por toda la paramera castellana, siendo una de las características que la distinguen del resto de las urbes españolas, la gran extensión superficial que ocupa, pues se ha calculado que, a pesar de tener menos de la décima parte de los habitantes de Madrid, cubre, aproximadamente, la tercera parte de la extensión que abarca la capital de España.

Un estudio de las demás villas del valle del Duero, exponiendo su valor económico, nos llevaría demasiado lejos; y como la orientación de este trabajo es otra, nos contentaremos con indicar, a continuación, las localidades que por el suelo de aquél se hallan desparramadas, sobre todo las de mayor importancia agrícola y comercial.

En León, además de la capital, importante nudo de comunicaciones, se halla el centro minero e industrial de Ponferrada y Astorga. Toro, con sus viñedos y frutales; Fuentesauco, con sus célebres garbanzos; Bermillo de Sayago, con mucha y excelente lana; el mercado cerealícola de Benavente, y Zamora, son las localidades más ricas de esta provincia. En la de Salamanca, la textil Béjar, la fronteriza Ciudad Rodrigo, Candelario con sus populares embutidos, Alba de Tormes y la capital, destacan por su movimiento comercial. Y en la de Palencia, además de la ciudad de este nombre, con sus renombradas bayetas y mantas, se hallan el nudo ferroviario de Venta de Baños y Frechilla de Campos, rica en cereales, como Cervera del Pisuerga y Carrión de los Condes.

En las tierras burgalesas, la principal población, o sea la capital, ha progresado rápidamente en gran escala, habiéndose asentado en ella un importante núcleo industrial; en la misma provincia están Aranda de Duero y Rda, villas opulentas dedicadas fundamentalmente a los cultivos trigueros, lo mismo que Briesca y Lerma. Miranda de Ebro, rico pueblo burgalés y centro ferroviario de interés, se halla situado en el valle del Ebro.

Muchos más centros de interés podríamos añadir a los citados anteriormente que se hallan desperdigados por la cuenca del gran río Duero en las provincias de Soria, Segovia y Avila; pero bastan con los señalados para poner de relieve los rasgos económicos que caracterizan a las localidades, sean grandes o pequeñas, de las tierras que hemos estudiado.

18. EL DESTINO ECONOMICO DEL VALLE DEL DUERO

La Providencia dispuso sabiamente los destinos de esta región, encomendándole una misión suprema en la vida de España. Está claro y patente que las tierras que hemos estudiado en este trabajo supieron cumplir, como lo han hecho muy pocos pueblos, sus destinos históricos; pero a esta zona le queda otra finalidad por realizar, en la que ha andado remisa: su destino económico, tan grande o más que esa ruta histórica magníficamente desarrollada a través de los siglos.

Cuando el valle del Duero, al avanzar la Reconquista, perdió su importancia militar, cuando dejó de ser de reyes, abdicó para empuñar otro cetro: el de la agricultura; ramo en el que varios nombres (Burgos, Aranda de Duero, Valladolid, Medina del Campo, Palencia, etc.) expresaron tradicionalmente ese predominio, dándole rasgos tan característicos que le otorgaban en nuestra patria una clara superioridad sobre otras regiones peninsulares. Hoy, que estamos bajo el signo de la vida industrial, es esa misma tradición y su historia destacada las que, al informar necesariamente todos los rincones del gran valle, otorgando a sus moradores un instinto de jerarquía innato, conducirán a buscar en las manifestaciones industriales una especie de sucedáneo moral de las pasadas grandezas.

Un escritor (Capella) ha llegado a decir que ha sido un error el de nuestros poetas y ensayistas contemporáneos que han cantado la belleza del parameo y la fuerza emotiva de las estepas, dignificando excesivamente a estas tierras secas, resucitando su vida pasada y su pretérita significación artística y bélica, en vez de planificar su ruina económica. Quizá esta lamentación es exagerada; pero, a nuestro modo de ver, es preciso aunar la tradición, mil veces valiosa, con ese amor al progreso que ha comenzado a manifestarse en los campos de Castilla, pues con esa unión, la futura economía podrá ser como una manifestación, modernizada, de la ingénita hidalguía y valía del gran pueblo que los habita.

Las estructuras económicas de los pueblos no se improvisan, pues son consecuencia del esfuerzo y aportación de generaciones que contribuyen a su construcción y equilibrio, por lo que su transformación y progreso han de realizarse sin interrumpir su funcionamiento. Cuando los hombres vuelvan al camino del comercio internacional, en el destino de estas regiones se atenderá antes a las posibilidades que a las necesidades locales, lo que traerá por consecuencia el que, en muchos rincones de las tierras que hemos estudiado, no se les pedirá a las cosechas de trigo, por mucho que mejoren sus condiciones de cultivo, una prosperidad que si él en ocasiones les dió, fué debido, alguna vez, a extrañas involuciones de los fenómenos históricos, como, por ejemplo, sucedió en la época de las grandes exportaciones cerealícolas de Castilla con motivo de la guerra de Crimea, años en los que sintetizaba la prosperidad campesina el célebre adagio triguero

agua, sol y guerra en Sebastopol.

El destino económico castellano está marcado por el hábil aprovechamiento que sepan hacer sus hombres de varios factores: de la privilegiada situación, como lazo de unión entre el centro peninsular y los mares cantábricos; del potencial hidroeléctrico que ofrece el Duero y sus afluentes, factor que por sí solo puede ser la base del engrandecimiento de una región; y de una prudente y hábil industrialización en ciertos ramos de la producción, sobre todo en el aspecto agrícola, con el fin de conseguir que los costes de los productos del campo desciendan, debido a los perfeccionamientos técnicos y al empleo de abonos, con lo cual el agricultor recogerá más frutos, venderá más cosechas y, con ello, capitalizará y producirá rentas que ampliarán aún más el cultivo, aumentando así, consecuentemente, su capacidad de compra.

La tierra es dura para el labrador del valle del Duero; y esa insuficiencia agrícola es preciso compensarla con los mejoramientos industriales oportunos, los cuales servirán para generar la nueva potencia económica castellana.

Burgos, Valladolid, Salamanca, Zamora, Palencia, León y, en general, todo el valle del Duero, tienen enormes posibilidades económicas, en potencia, porque la mayor parte de ellas, por las causas apuntadas en este trabajo y por otras de carácter psicológico, no han sabido aprovecharlas en bien propio y en utilidad de la Patria. Esta tierra, que tan bien supo cumplir sus destinos históricos, ha comenzado a cumplir su destino económico, en el que, sin duda, se le avecinan unas posibilidades que han de resultar (los años venideros lo dirán) sorprendentes para los habitantes de la propia región y de España.

PLAN DE TRANSFORMACION AGRICOLA Y SOCIAL DE LA TIERRA DE CAMPOS

EL Consejo Económico del Plan de la Tierra de Campos ha informado a S. E. el Jefe del Estado sobre los proyectos para la transformación agrícola y social de dicha zona. De las 450.000 hectáreas que comprende, serán transformadas de secano en regadío alrededor de 130.000. La zona abarca 200 pueblos de las provincias de León, Palencia, Valladolid y Zamora. Para asegurar el suministro de las grandes redes de canales y acequias se cuenta con diez pantanos: La Requejada, Cervera, Agullar, Camporredondo y Compuerto, y, además, con otros cinco presuntos vasos en Prioro, Santervás de Campos, Cueva, Grande y La Remolina, en los ríos Cea, Valderaduey, Cueva, Grande y Esla. El de Remolina será el más amplio y plantea una serie de problemas por la desaparición de Riaño, rico pueblo leonés, que quedaría inundado. El Plan requiere la inversión de 2.000 millones de pesetas, pero como la plus-valía de los terrenos motivada por el cambio de cultivo es de 70.000 pesetas por hectárea, el aumento global de la zona ascendería a más de 9.000 millones. Esto sin contar la renta, la producción hidroeléctrica (105 millones de kilovatios hora) y las posibles industrias de transformación de productos agrícolas y ganaderos, que como consecuencia del Plan hayan de establecerse.